

Giaconi Revisitado

El, Claudio, Vuelve a los Caminos

La difícil juventud reaparece intacta; con todos sus poderes literarios y humanos. Glosando a Teillier, "está más joven la difícil juventud. Sólo yo he envejecido". En la semana en que se celebra el libro, instamos a Claudio Giaconi a salir de su silencio de penitente. Con algunas memorias de los jóvenes de la Generación del 50.

Por ENRIQUE LAFOURCADE

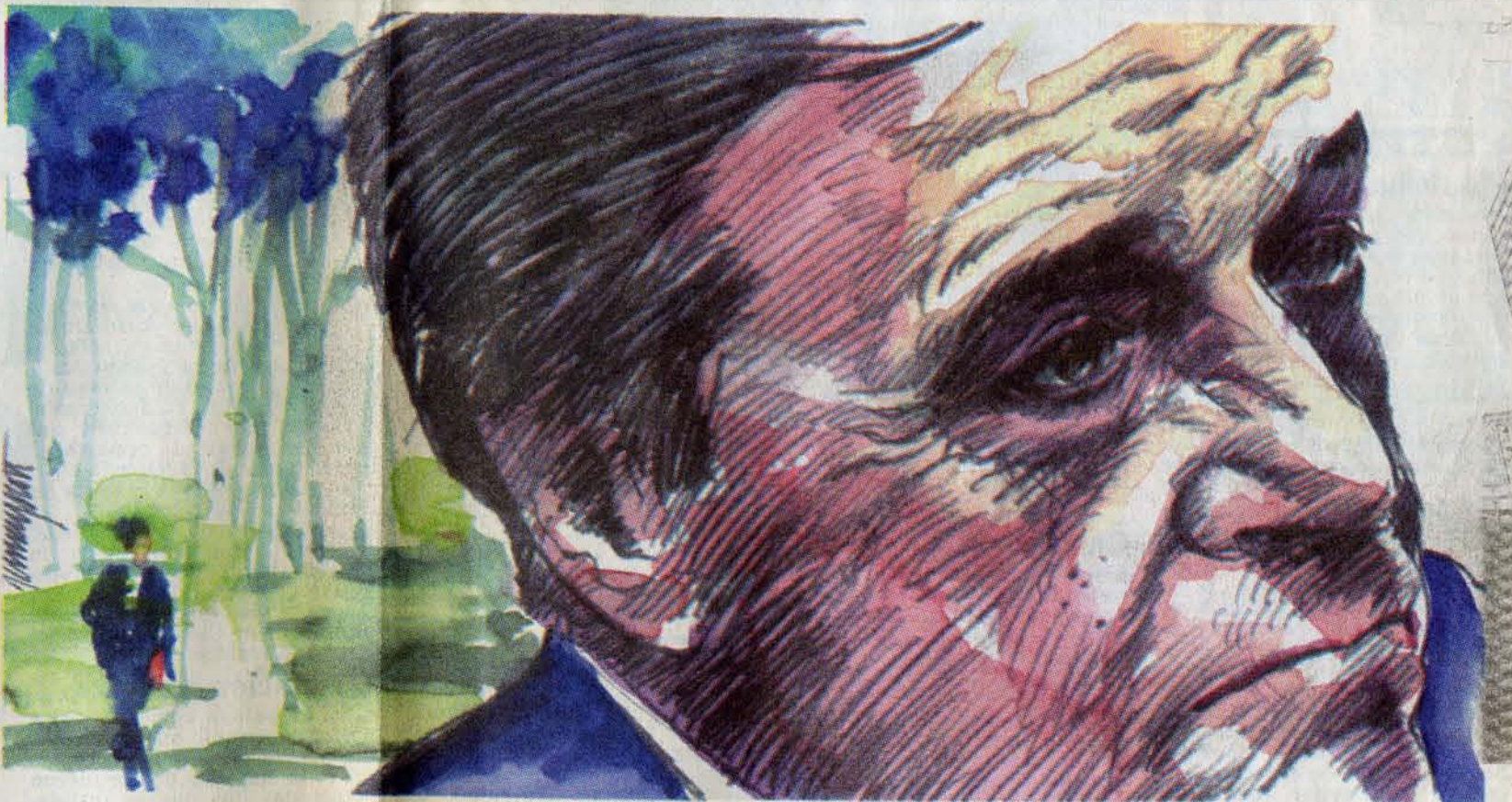
LOS escritores de la Generación del 50 escribían (íamos) como aprendices enloquecidos. Y, tal vez, mal.

Pero, con el tiempo y los críticos que nos ayudaron a escribir peor, por lo que terminamos escribiendo bien; bueno, lo que trato de decir es que las nuevas generaciones envueltas, enmarcadas, en un ramillete de incondicionales y exultantes gacetilleros, periodistas y comentaristas de televisión y radio que suelen estar comprometidos pecuniariamente con las editoriales que editan a estos jóvenes talentos; porque, digámoslo de

frente: es difícil que los narradores de hoy, que algunos best-sellerinos internacionales y los herméticos y las herméticas escritoras profesoras que no escriben novelas sino discursos con hablantes líricos y los escritores están pronunciando una novela, redactando una gestalt para hermeneutas (una estructura para intérpretes) contra nosotros los de los viejos tiempos atómicos, es decir, indivisos y arrogantes aunque divididos y fundidos...

El, Claudio

Estos acertijos y cavilaciones los hacemos girar como dos



aspas locas alrededor de "La Difícil Juventud" de Claudio Giaconi, en su nueva edición de Su-

damericana. Libro escrito en el exilio de la adolescencia hace 44 años. Y que hoy regresa a la

luz con prólogo de Jorge Edwards.

En esos entonces si le hubieran preguntado a Yo Claudio si estaría dispuesto a aceptar un prólogo de Edwards o mío, habría puesto el grito en el cielo. ¡Robert Musil o nadie!, nos habría contestado.

Porque entonces no era cualquier cosa este escritor inédito. Por su sangre corrían gotas de los grandes malditos, Rousseau y Kierkegaard. Malditos honorables, por cierto. Y, otrosí, nada menos que la alborotada de Fiódor Mijáilovich Dostoievski. Por si fuera poco le agregaba unas gotas a sus venas del espíritu de Nikolái Vasilievich Gogol.

Edwards lo ve de este modo: "Tengo la impresión un tanto extraña y a la vez persistente de que se desprendió de los árboles del Parque Forestal, delgado, con la mano derecha colocada entre los botones de la chaqueta, con un libro en la izquierda". Giaconi, ¿un simio? No, de ninguna manera. Advierte la elegancia de su atuendo indumentario y una expresión entre irónica y subrepticia, oblicua. En algún momento declaró, si no me equivoco, que él era "el Faulkner chileno".

Había varios Faulkner alternativos en nuestra generación. Y varios Rimbaud y más de dos Proust. Giaconi llegaba con el crepúsculo, muy engominado, sin máculas, como si se acabara de levantar. Lo que tiene visos de verdad. Un "latin-lover" de la literatura. Con ojos ardientes avalentados. Tenía en su mirada la intensidad de Bonvallet. Se veía que sufría mucho.

Hoy, sólo dinero constante y sonante

Nuestros cadetes y los adelantados de hoy —hay niños principiantes que han obtenido hasta un millón de dólares de adelanto por una novela aún no escrita— deberían examinar a los antiguos amautas con alguna prudencia antes de declararlos obsoletos y mediocres.

Las razones por las que escribíamos no eran las del mercado. La gloria era el objetivo. La salvación mediante la gloria. En esos tiempos, la gloria no daba necesariamente dinero. A Rubén Darío, camino de la gloria en París, el ya moribundo Paul Verlaine lo mierdea (aunque en francés, que es más decente) cuando Rubén, cándidamente, exclama ante él, "¡Maitre, la Gloire!".

La gloria era, más que la venta, el reconocimiento de nuestros iguales, y sobre todo, de nuestros superiores. La percepción de que ellos pudieran encontrar en nuestros escritos talento, artesanía, esfuerzo por obtener una obra bien hecha. Las palabras de bienvenida de los críticos de entonces era maná celeste. La minuciosa voz de Latcham, las ironías de Alone, los reproches de Juan de Luigi, la bondad señorial de Hernán del Solar, las severas vigilancias formales de Raúl Silva Castro, los entusiasmos de Mario Osses, las opiniones de este areópago de jueces estéticos independientes, aunque no exento de pasiones, constituían una de las metas de nuestro quehacer. ¿Qué iba a decir el jesuita Francisco Dussuel? ¿El marxista Juan de Luigi? Giaconi mostraba con orgullo unas líneas de Alone sobre "La difícil Juventud". Hernán Díaz Arrieta había

dicho del autor: "¡Qué gran enterrador!".

No producíamos dinero. Una vez al año, con grandes esfuerzos de nuestra parte, conseguíamos algo. Las editoriales manejaban esto, entonces como ahora, con enorme secreto. Las liquidaciones servían, con suerte, para invitar a comer. Don Carlos A. Nascimento era famoso porque pagaba los derechos de autor metiéndose la mano al bolsillo y sacando algunos billetes. "—Estos escritores, siempre pidiendo plata!" —re-zongaba, pasándoles unos "anticipos" que él determinaba libremente. Coloane era partidario de recibirlos al vuelo. "Es lo único que vamos a ver" —explicaba.

Letrados hacen letrados

Vivíamos —acúsome padre— intoxicados de literatura. Mirando lejanas orillas. La vida estaba en otra parte. Enamorados de Albert Camus, de su corazón, de su espíritu. Estábamos divididos entre sartrianos y camusianos. A Enrique Lihn lo llamábamos Jean-Paul Lihn. Fue Martín Cerda quien lo bautizó. A su vez, Martín Cerda estaba por encima de ese binomio de escritores-filósofos a la moda. Había llegado de París heiddegeriano hasta la médula. "Mejor quedarse con el original" —nos decía, sonriendo. Nos endilgaba una impresionante nómina de filósofos, ontólogos y epistemólogos, de metafísicos y metalógicos, de gestálticos y estructuralistas de última generación que no conocíamos. Excepto nuestro maestro el poeta Molina que los frecuentaba a todos, incluso a los que nada habían publicado, y eso debido a que no existían. Para molestar a Molina habíamos inventado a Michel Louriet, un filósofo que le daba cancha, tiro y lado a todos los que traía Cerda en su maleta. El nombre lo tomamos de un fabricante de muebles de la calle Merced.

Releyendo a Giaconi vemos las excelencias de su canto de vida y esperanza. De vida y desesperanza, estos cuentos de desesperación sorda, tranquila. Tiene razón Edwards cuando establece que "los cuentos de Giaconi trajeron a la literatura chilena una estética de lo sombrío, de lo obsesivo y enfermizo".

No fue el único. ¿Cómo olvidarnos de Pablo García, el gran cuentista y novelista? Privado, lateral a nuestro grupo, hirsuto, estepario. Sus libros merecen desenterrarse. Que sus libros desentierren a García. Hay allí luces, chonchones y velas. Un maldito que escribía como un bendito.

Años pasados

Como acabamos de celebrar el Día del Libro, yo me aventuro en revelar recuerdos olvidados. Fernando Emmerich, quien emigró a Alemania no sin dejar su corazón en Valparaíso, me visita y exhuma una extraña historia que, según él, faltó en "Animales literarios chilenos".

Refiere que en una oportunidad aceptó acompañarme a la Sociedad de Escritores, a una sesión muy principal. Yo que, como casi todos los años, tenía un libro recién salido del horno, decidí visitar ese territorio extranjero, suerte de reserva étnica e intelectual, para entregar ejemplares a algunos elegidos. En el camino nos tropezamos con Godfrey Stevens, quien era cronista deportivo de "Las Ulti-

(Continúa en la página D 31)

Giacconi Revisitado

El, Claudio, Vuelve a los Caminos.



(Viene de la página D 36)

mas Noticias". Le pedimos que nos acompañara. Quedamos de juntarnos en una hora más. Acudió puntual, elegantemente vestido. Un terno blanco invierno, de lino. Era invierno. Lo cierto fue que a medida que Emmerich me iba contando aparecían en mi memoria retazos, fragmentos, corpúsculos. Stevens fue acogido con aplausos, como si llegara a la Sech el mismísimo Ernest Hemingway. Recuerdo la emoción de Jorge Teillier al verlo. Al final de la sesión procedí a repartir mis ejemplares firmados. Apareció la poetisa Stella que traía puesta una o más botellas de tinto. Algo le molestó en mi gesto. Se me fue encima. Yo traté de detenerla con una mala maniobra estratégica gritando: "¡Sáquenme de encima a esta bruja!", lo que, no sé por qué, la enardeció aún más. Pero intervine Stevens, actuando como mi espontáneo guardaespaldas. Stella estuvo a punto de probar su derecha mata-escritores en la quijada del campeón que guardaba baja de elegante corbata y

camisa de seda, con hábiles finzas eludió golpes.

No sucedió nada ingrato. Stella concluyó abrazada con Stevens. Fueron a brindar al refugio "López Velarde", el comienzo de una larga amistad. Yo me escapé jabonado de las iras de la boxeadora que hoy, en sus cuarteles académicos de invierno, entregada a la poesía, el estudio y la oración, tiene que sonreír con cierta melancolía de estas locuras que hacíamos los chicos del 50. Aunque se perdió una magnífica oportunidad para noquear a Stevens.

Desdichado

En "Ivanhoe" de Walter Scott, un misterioso caballero pelea en un torneo. En su escudo la palabra en español "Desdichado". Gana lentamente todo. Aunque es herido. Malherido.

Por alguna razón de sinrazones ese paladín me recuerda a Claudio Giacconi. Y el soneto "El Desdichado" de Gerard de Nerval, pareciera haber sido escrito

para él. Ese que comienza:

"Je suis le ténébreux —le veuf—, l'inconsolé,

"Le prince d'Aquitaine à la tour abolie

"Ma seule étoile est morte —et mon luth constellé

"Porte le soleil noir de la Mélancolie".

Es verdad que padeció la difícil juventud. ¿Quién no la tuvo? Pero no hay que tirar la toalla. Ya se encargarán los "seconds" de retirarnos del ring. El libro, su libro, sigue intacto. Sólido, mayor. En las líneas finales hace que uno de sus protagonistas se pregunte:

"¿Qué he perdido ahora? El sueño ya no es como antes..."

Es cierto, Claudio. Ya no es como antes, ya no somos los mismos. De todos modos ese medio siglo de silencio me produce estupor. Aunque respeto el misterio de la creación y el otro, de la vida. Las tristezas, los viajes, los expolios, los amores perdidos (¡ay amor que se fue y no vino!). Los caminos de la tierra, los amigos muertos. Hay tantas respuestas a un silencio. ■